

CONFERENCIA XI

LA VIDA DE FAMILIA

1. **Estrechez de miras del Pesimismo.**—De entre todas las filosofías, la más insoportable, porque no es sincera, es la del Pesimismo; para poder conocerla á fondo, entremos en la escuela del Pródigo.

En la irreflexión de la juventud y en el calor de la pasión, no hay quien no pueda pecar; si llevados por necesidad á la razón, moderamos de tal manera nuestro ardor, que tenemos valor para pronunciar estas palabras: «Padre, hemos pecado», fácilmente se nos perdona la falta. Pero ¿qué se puede pensar de un hijo degenerado, que comienza por huir de la casa paterna, y, después de disipar todo lo que había llevado consigo, concluye por arruinar completamente á su padre á fuerza de robarle? ¿Qué pensar de ese hijo, que junta á todo esto otras fechorías, que, lejos de considerarse culpable, llena los bodegones de calumnias contra el autor de sus días, que le acusa de haberle dado un cuerpo gastado, cuyos sufrimientos son consecuencia única de sus vicios, que le culpa de haberle legado una vida que ha hecho él mismo insoportable con sus vergonzosos desórdenes, que, en fin, viendo que no puede explotarlo más, reniega de él, si acaso no trata de hacerlo desaparecer del mundo?

El Pesimismo es ese desnaturalizado hijo de un padre de corazón grande y generoso. Las lamentaciones de su miseria personal, lo mismo que las acusaciones contra la Bondad y contra la Providencia de Dios, proceden de esta negación de todo sentimiento noble y elevado. No se pue-

de ver, sin experimentar gran confusión, salir de corazones extraviados esta acusación, á saber, que la naturaleza obra con nosotros como una malvada madrastra, y que apenas si quiere concedernos lo indispensable á la vida. Ejemplo claro y patente de estas blasfemias, que van directamente contra el testimonio personal, nos ofrece Plinio, que representa tan bien esa tendencia del espíritu. Después de afirmar que la naturaleza lo ha hecho todo para el hombre, ⁽¹⁾ pocas líneas más abajo, deja escapar esta insensata acusación: «De todo ha tenido cuidado la naturaleza; sólo al hombre, en el día de su nacimiento, lo ha dejado desnudo sobre el desnudo suelo». ⁽²⁾

2. **La triple dote del hombre.**—Estos alegatos son una gran mentira y prueban una ingratitud horrible. Certo que nada tenemos que agradecer á la naturaleza, sea en lo que fuere. Ni siquiera le debemos el ser, puesto que el beneficio de la existencia, y todo lo que somos y todo lo que poseemos, debemos agradecerlo al Señor de la naturaleza, que, con su bondad, nos ha creado, y ha creado también todo lo existente, todas las criaturas visibles é invisibles. Nos ha colmado de tantas y tales riquezas, que sería faltar á todas las obligaciones de hijo y á todos los deberes del reconocimiento, si no confesáramos que la generosidad de su mano ha excedido la medida de lo que pudiera sernos debido y hasta necesario.

Tres cosas principales comprende el regalo que nos hizo el día de nuestro nacimiento para gastos de viaje.

Primera, nos ha dado un fin que es luz y calor de nuestra vida; sin ese fin elevado, la existencia del hombre sería semejante á la del mundo, si fuese privado de la luz del sol. Y no es que haya colocado un astro en el horizonte de nuestra vida, no: Él mismo, en persona, quiere ser el sol, á cuyos rayos podamos distinguir lo verdadero de lo falso, el camino recto del precipicio, la salud del peligro; Él quiere ser el sol, cuya luz nos impida extraviarnos; y entre som-

(1) Plinio, 7, 1, 1.

(2) *Íd.*, 7, 1, 2.

brías nieblas, nos preserva del entorpecimiento del frío y de las situaciones perplejas; es el sol que llena nuestro corazón de consuelo, de valor y de esperanza.

Nos colmó después de la más rica plenitud de los dones del espíritu; no ha querido que, ciegos y por fuerza, fuéramos á oponernos á nuestro fin, sino que, libres y nobles, cumpliésemos nuestro destino é hiciésemos nuestra felicidad con nuestra propia inteligencia, con nuestra propia decisión y con nuestro propio impulso interior; y á puesto á nuestra disposición la creación entera sometiéndola á nuestro dominio, para que en todo esto no nos fuesen dañosos los obstáculos exteriores. «¿Quién jamás va á campaña á sus expensas?» (1) Y es cierto que menos aun sirve á Dios el hombre á sus expensas que cualquier criado á su amo. Si ha hecho Dios todas las cosas, las ha hecho por nuestra causa; las ha creado, no sólo para nuestras necesidades, sino también para nuestro recreo. Ahí están para darnos testimonio de Dios, para conducirnos á Él, para facilitarnos su culto y para servirle ellas mismas, valiéndose de nosotros. Son poderoso estímulo para obligar al cumplimiento de sus deberes para con Dios á todo corazón noble, y accesible á la gratitud. Por eso canta estos magníficos versos el poeta persa:

«Los vientos y las nubes, el brillo de la aurora
 »Del sol los resplandores te sirven obedientes;
 »Cumpliendo del Maestro las órdenes, presentes
 »Te ofrecen: es muy justo, también á Dios tú adora». (2)

En fin, y en tercer lugar, nos ha señalado en la tierra rica y abundante esfera de actividad. ¿De qué sirven los dones más nobles, si no puede servirse de ellos el que los posee? Dificilmente llega á concebir un espíritu bien dotado y lleno de actividad más horroroso tormento que una situación semejante á la de San Pablo, durante los cuatro años que estuvo en prisión; pero no nos ha creado Dios para atormentarnos; nos ha abierto un cuádruple campo de

(1) I á los Corintios, IX, 7.

(2) Sadi, *Rosengarten*, Einleitung.

actividad en que podemos emplear los más ricos dones. El primero, y en que sin excepción debemos ejercitarnos todos, es el trabajo individual que debemos poner en nosotros mismos. El segundo, es el cuidado que debemos tener de los que nos están unidos más de cerca por los lazos de la sangre. El tercero, el campo más estrecho de las relaciones ordinarias en que nos movemos cada día. Tenemos, en fin, deberes que cumplir con la gran masa de todos los demás hombres, de los cuales esperamos y recibimos tantos beneficios.

3. Orden lógico de las cuatro esferas de actividad en que se mueve el hombre. Causas de la degradación de la vida de familia entre los antiguos.—En la simple enumeración de las cuatro esferas de nuestra actividad, hemos señalado ya su orden y sucesión lógica; es tan claro y tan natural, que apenas si hay necesidad de decir una palabra más. Sin embargo, no sólo no es superfluo, sino que es necesario reivindicar enérgicamente para ellas el derecho de existencia.

Para los antiguos, griegos y romanos, era algo incomprendible el pensamiento del hombre como tal. Que el hombre aislado, el individuo, tenga valor por sí mismo, que tenga una obligación que cumplir, y que sea capaz, y aun esté obligado, cuando nadie le ayuda, á cumplir personalmente un destino, y á ocupar un lugar, son ideas á las cuales fueron siempre completamente extraños. Hacían lo que hacían los demás; dejábanse arrastrar á donde se dirigía la totalidad; aprobaban lo que aprobaba el juicio general de las muchedumbres y llegaban hasta forzar su conciencia para enmudecer ante semejante aprobación; la colectividad lo era todo, el individuo nada. Todo debía hacerlo la primera, todo se esperaba de ella. Ella sola es la responsable, decían. Por eso se la sacrificaba todo: convicción, voluntad, conciencia. Ningún sacrificio se consideraba demasiado grande, cuando se hacía en obsequio del Estado; si era vigoroso, si era próspera su vida, considerábase fuerte el individuo. Mas en el momento en que caía sobre la patria una gran desgracia, desaparecía el suelo de

los pies de la muchedumbre que llegaba á perder la cabeza. En Roma como en China, en tiempos de malestar general reinaban verdaderas epidemias de suicidios. Lejos de pensar que tenía el individuo tanto más fuerza, cuanto menos actividad le quitaba la colectividad, el que se había habituado á pensar y á obrar solamente por el Estado, no podía comprender que le fuera posible existir independientemente de la marcha habitual de aquella máquina. Aquella completa dependencia del individuo con relación al Estado, como se decía entonces, forma uno de los hechos más notables de la antigüedad.

Por desgracia, somos testigos en nuestra época de una tendencia, que se acentúa más y más cada día, á querer hacer revivir entre nosotros aquellos tiempos. Aun hoy no estamos lejos de hallar muy comprensible esta frase de Aristóteles: Aun cuando históricamente haya salido el Estado de la familia, ⁽¹⁾ el Estado «debe ser como el gran Todo, superior al individuo y á la familia». ⁽²⁾ Si, ni en la familia, el más natural de todos los lazos que ligan á los hombres, hay algo que no debemos concebir como independiente y con existencia propia. Se quiere que forme exclusivamente parte del Estado, puesto que es producto suyo, y es sostenida por él; pero si entre los antiguos era comprensible tal manera de ver, no lo es entre nosotros. Esas exageradas teorías sobre el Estado, que eran uno de sus principales caracteres, son uno de los más poderosos argumentos de que en toda la antigüedad estuvo debilitada y como falseada la pura naturaleza humana. El hombre no conocía su propio poder, ni aun lo presentía. La importancia que tenía cada uno como particular, la idea de que se componía el Todo de individuos y de miembros aislados y subordinados, que todos tenían, primero, deberes que cumplir en su respectiva esfera y según el lugar que ocupaban, y después deberes para con la totalidad, en una palabra, lo que llamamos ahora concepción orgánica de la humanidad,

(1) Aristóteles, *Ethic.*, 8, 12 (14), 7.

(2) *Íd.*, *Polít.*, 1, 1 (2), 8, 11.

después que nos lo ha enseñado San Pablo, todo esto, con muy pocas excepciones, era completamente extraño para el Paganismo. Ni siquiera podía formarse de ello una idea. Fuera de Eudemo, ⁽¹⁾ apenas si en toda la antigüedad se halla quien haya presentido esa verdad. Sin embargo, podemos excusar á los antiguos, Pero ¿qué diremos de aquellos que se han elevado después á más altas regiones y que, á pesar de todo, van tan lejos en la negación de la fuerza propia é independiente del hombre y de su verdadera importancia, que consideran el Estado como lo único que tiene valor alguno? ¿Qué pensar de los que hacen derivar del Todo, deberes, derechos, responsabilidad para los miembros y para los individuos? Era esa precisamente una de las causas principales del malestar que por todas partes se notaba en la vida de los antiguos, y que la destruía por completo. Era la base de la pirámide lo que debiera haber sido el vértice; por eso, no pudo desarrollarse nunca la sociedad; por eso, se hallaba en situación lastimera el matrimonio; oprimía el Estado á la familia en lugar de organizar fuertemente la vida doméstica para que le sirviera de apoyo; y ahí está la razón de haber aparecido tantas deformidades en la vida privada, en la vida pública. El individuo, con su pensamiento, con su voluntad y con su actividad, depende de la colectividad y hasta desaparece en ella, debiendo aparecer esa colectividad teniendo por base de sus leyes y de su actividad, la libertad, la convicción y la conciencia independiente del individuo.

Nos demostrarán claramente las investigaciones siguientes la generalidad de ese trastorno de las verdaderas proporciones en la antigüedad, y las grandísimas calamidades que causó. No hubo en toda la antigüedad personalidad libre en el sentido en que tomamos esta palabra los cristianos; nadie tenía valor por sí mismo; nada valía el individuo fuera del todo; nadie por sí tenía estado, ni deberes, ni empleo. El que no servía al todo con su personalidad y con sus energías, el que no le era útil, ya con su

(1) Eudemo, *Moral.*, 7, 10, 9.

actividad pública, ya dando ciudadanos al Estado, era vástago sin valor y sin derecho. El derecho de tener convicciones personales, la necesidad de obrar en conciencia, suponiendo que estas ideas hubiesen ocurrido á alguien, hubieran sido consideradas como alta traición, ó como tentativa de perturbación contra toda la organización de entonces; por eso llegaron las cosas á tal punto, como lo veremos más adelante. Por esta razón, y en atención á la historia, cambiaremos el orden de nuestra exposición. En lugar de comenzar por la primera materia de nuestra labor, que es la más importante y que está abierta á todos sin excepción, como que está en nosotros mismos, examinaremos primero la labor que hay en otras esferas de actividad, cuando se deja á un lado el trabajo del hombre interior. Podremos tratar más á fondo la cuestión, si llamamos la atención con su importancia, y nos hacemos prosélitos.

4. En la antigüedad, por todas partes sufre la vida de familia. Sin embargo, se nos presenta más pura conforme nos remontamos en la carrera de los tiempos.—Comenzaremos por hablar de las obligaciones de la vida de familia. Sin temor de equivocarnos, podemos afirmar en esta materia que, en todo lo que hemos estudiado de la antigüedad, hemos encontrado una de las más profundas llagas de su civilización.

La vida de familia es uno de los lados más débiles de los tiempos antiguos, y puede decirse, de casi todas las épocas en que ha perdido el Cristianismo su influencia sobre el corazón y sobre la voluntad. En este terreno todos los hombres se dan la mano, y es difícil fijar mayor ó menor gravedad en las acusaciones que se les pueden dirigir, porque todos han caído igualmente, ó «han perdido todo motivo de vanagloria.»⁽¹⁾

Triste luz alumbraba la vida doméstica de los griegos; se méjase á una úlcera horrible que ha condensado y absorbido todos los malos humores del cuerpo; lo confiesan así los

(1) Romanos, III, 23.

más apasionados admiradores de la antigüedad, y á pesar de toda la erudición que ha desplegado Lasaulx, no han producido gran resultado las tentativas que hizo aquel hombre ilustre para presentar la cosa con luz más simpática y feliz.

Si preguntamos imparcialmente á la historia, nos dirá cómo le iba al matrimonio; y lo que sucedía al matrimonio, sucedía á toda la vida moral. En el principio, se señaló una época de muy gran pureza; más tarde vino con rapidéz la decadencia, y fué la corrupción tanto más profunda, cuanto que más adelantamos en el curso de los siglos. No puede negarse que nos causa todavía cierto placer el concepto más elevado que se tenía de la familia en los antiguos tiempos heroicos; pero no era aquello sino girones de la herencia que se sacó de la casa paterna. Allí se ve todavía á la mujer gozando de alguna libertad, de alguna independencia y de cierta clase de nobleza. No se encuentra huella de aquel abominable vicio nacional con que se mancillaron los griegos de los tiempos posteriores, y á cuyo lado no podía florecer el matrimonio. Desde esta época comienza á aparecer el horroroso espectáculo del principio de la decadencia.⁽¹⁾ Los hijos y los nietos de los antiguos héroes, cuyo vigor no alcanzaba al de sus antepasados, trataron al menos de aventajarles en disolución. Por eso, se ve obligado á confesar Homero que, ya en su tiempo, se dejaba sentir un retroceso, en comparación con los tiempos anteriores.⁽²⁾ Después de él, desaparecieron con mayor rapidez la pureza y el honor del hogar. En Esparta cayeron las costumbres en la disolución más espantosa.⁽³⁾ Por otra parte, nada hay que extrañar. De un lado, la subordinación del matrimonio al Estado, y á las miras del Estado, relajaba de tal manera los más sagrados lazos, que tanto importaba hablar de la fidelidad como de la infidelidad

(1) Nægelsbach, *Homer. Theol.*, (2), 257. Becker Hermann, *Charicles*, (2), II, 202, III, 255.

(2) *Odyss.*, 7, 67 y sig. Lasaulx, *Studien des classischen Alterthums*, 399.

(3) Doellinger, *Heidenthum*, 681. Pauly, *Realencyklopædie der classischen Alterthumsvissenschaft*, IV, 1646.

conyugal. ⁽¹⁾ De ahí sin duda tomó el modelo Platón para sus vergonzosos proyectos de ley, en los cuales recomienda la pluralidad de mujeres, y la educación dada por el Estado á los hijos que no tienen padre conocido. Por otro lado, el insensato sistema de adquirir resistencia que llegaba hasta imponer á las jóvenes ejercicios públicos de gimnástica, ⁽²⁾ debió disminuir singularmente el pudor de la mujer. En tales materias eran poco delicados los griegos. Sin embargo, inspirábales disgusto la indecencia de las jóvenes ⁽³⁾ y de las mujeres de Esparta. ⁽⁴⁾

La ciudad que figuraba á la cabeza de la vida y de la actividad helénicas, Atenas, estaba también en estado de profunda abyección, aun en el periodo de su mayor brillo. Los hombres más ponderados elevaron á esta triste realidad un monumento de que no pueden estar orgullosos; Pericles, con su vida, Demóstenes con su abominable máxima, que no podemos trasladar al papel; ⁽⁵⁾ Platón con sus proyectos de ley. En la familia faltaba la vida doméstica; el amor verdadero era una excepción. No sólo Eurípides, ⁽⁶⁾ sino todos en general, consideraban el matrimonio y la mujer como males inevitables. Profundo era el efecto moral de aquel desarreglo, que puede resumirse en estas pocas palabras; ni padre, ni hijos, ni esposos. Toda la vida del ateniense se pasaba en la Agora; la mayor parte de su existencia la absorbían los gimnasios, los baños, el teatro, los pórticos y las plazas públicas; el resto era consagrado al hogar; se edificaban las casas únicamente para servirles de lugar de refugio; pueden verse en Vitruvio ⁽⁷⁾ la estrechez é incomodidad de las casas de familia; ⁽⁸⁾ no

(1) Polybio, 12, 6 b, 8. Xenophon, *Rep. Laced.*, 1, 8, 9.

(2) Plutarco, *Lycurg.*, 14, 15.

(3) Eurípides, *Androm.*, 595 y sig.

(4) Aristóteles, *Polit.*, 2, 6 (9), 5.

(5) Demóstenes, *Orat. in Noeram*, 122.

(6) Forbiger, *Hellas und Rom.*, IV, 14, 33.

(7) Vitruv., 6, 7 (10).

(8) Matter, *Einfluss der Sitten auf die Gesetze und der Gesetze auf die Sitten*, 108 y sig. Forbiger, *Hellas und Rom.*, IV, 4-6, 24, 60. Hermann *Griech. Privatalterh.*, 71, 82.

se sentía necesidad de hacerlas más cómodas, porque no se tenía el pensamiento de morar mucho tiempo en ellas para gozar de las delicias de la vida de familia, de la cual apenas si tenían idea vaga. «Como nada bueno encuentran en su casa, dice Plutarco, pásanse los días enteros en la plaza pública, aunque no haya ningún negocio de importancia que tratar». ⁽¹⁾

Dejando á salvo los derechos de la historia y de la verdad, en este capítulo pocas excusas podrían presentarse en favor de los griegos; además conviene en ello la generalidad, hasta los que tienen gusto en considerar la perfección como espejismo. Búscanse, pues, otros pueblos de la antigüedad para celebrar sus inimitables virtudes domésticas. Pretende Reinisch que en esta materia han superado los egipcios á todos los demás pueblos; ⁽²⁾ falsamente imputa Niebuhr el mismo honor á los romanos; ⁽³⁾ é, imitando á Tácito, ⁽⁴⁾ eleva hasta los cielos Juan Scherr á los antiguos germanos. ⁽⁵⁾ Acaso exagera para precipitar á griegos y romanos en lo más profundo de los abismos del infierno; pero todo es pura alteracion de la verdad. Ciertamente que en Egipto gozaban las mujeres de más libertad y de más independencia ⁽⁶⁾ que entre los griegos; en algunas partes aisladas del país ⁽⁷⁾ no se había introducido la poligamia; pero en los demás lugares, todos, excepto los sacerdotes, podían tomar las mujeres que querían. ⁽⁸⁾ Inútil insistir sobre este punto; basta con lo dicho.

En cuanto á los germanos, está hoy bastante admitido por todos que, para dar un modelo á los romanos, los idealizó Tácito, tanto como en una época de corrupción de

(1) Plutarco, *Procepta reipubl. ger.*, 2, 2.

(2) Reinisch in Pauly, *Realencyklopedie der classischen Alterthumswissenschaft*, (2) 1864, I, 305.

(3) Niebuhr, *Röm. Alterthümer*, 1858, 580.

(4) J. Scherr, *Deutsche Cultur und Sittengeschichte*, (6) 1876, 29.

(5) Tácito, *Germania*, 18, 19, 20.

(6) Herodoto, 2, 35, 2. Diodoro, 1, 27, 2.

(7) *Id.*, 2, 92, 1.

(8) Diodoro, 1, 80, 3. Uhlemann, *Egypt. Alterthümer*, II, 271-277. Sharpe. Gutschmid, *Geschichte von Ägypten*, (2) I, 18.